

“Netzula”

José María Lacunza

La impresión de esta obra es de notable calidad. La portadilla presenta una cenefa y ornamentos vegetales que rematan en bellas cariátides. Esto guarda relación con el estilo de las ediciones que, en su momento, tiró el gran bibliófilo don Joaquín García Icazbalceta, como es el caso de su *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, cuyo titulillo usualmente iba en tinta roja y el resto de la página en tinta negra. Esta antología de novela corta ostenta el sello de la casa editorial con las letras iniciales de Victoriano Agüeros. La encuadernación, el papel y la tipografía se preservan en magnífico estado y es perfectamente legible. Bellas viñetas ornamentan gran parte de esta elegante edición. En el presente trabajo nos ocuparemos, particularmente, de la novela “Netzula”, que, hasta entonces, se creyó de la autoría de José María Lafragua. El resto de la compilación la componen relatos de José Joaquín Pesado, Ignacio Rodríguez Galván, J. R. Pacheco, Mariano Navarro y otros.

Victoriano Agüeros —el editor— fue un crítico, bibliógrafo e impresor hispanomexicano nacido en Tlalchapa, Guerrero. Debido a su cercanía con el periodista español Anselmo de la Portilla, redactor de *La Iberia*, tuvo oportunidad de publicar ensayos biobibliográficos de personajes de las letras mexicanas en la revista ibérica *La Ilustración Española y Americana*, entre 1878 y 1879, como antecedente de la colección de *Escritores mexicanos contemporáneos*. Entre estos notables se encontraban don Joaquín García Icazbalceta, el ya mencionado De la Portilla, Ignacio Cumplido, Ignacio Montes de Oca, José Sebastián Segura, José María Roa Bárcena, Francisco Pimentel, Manuel Orozco y Berra, Rafael Ángel de la Peña y Manuel Peredo. En su prólogo, Agüeros escribía sobre la “acción benefactora de la hispanidad” sobre la cultura mexicana, adhiriéndose así a la tendencia católica y conservadora de la oligarquía hispanomexicana de la época. Poco más adelante, en 1880, se tiró

un volumen —en la imprenta de Ignacio Escalante— que recopilaba aquellas semblanzas publicadas en la prensa peninsular. En este sentido, en el mismo afán compilatorio y voluntad nacionalista, Agüeros decide dar a la luz pública su Biblioteca de Autores Mexicanos, así como su 33er. volumen *Novelas cortas de varios autores*. En su “Advertencia del editor”, el guerrerense escribió que esta Biblioteca pretendía, no sólo salvar del olvido, sino también hacer acopio de materiales y formar un archivo de la literatura mexicana en sus primeros ensayos. Las novelillas que conforman la antología se habían publicado por primera vez en los periódicos *El Año Nuevo* (1837-1840), *Calendario de las Señoritas Mexicanas* (1838-1843) y *El Museo Mexicano* (1843).

Por su parte, el entonces presunto autor de “Netzula”, José María Lafragua (1813-1875), se erige en uno de nuestros más notables personajes decimonónicos, debido a su trayectoria y obra jurídica, diplomática, bibliográfica y literaria. Es presumible que se cuente entre los novelistas antologados por Agüeros debido a su actitud diplomática como embajador de México en España, en la década de 1850, favorable a las reclamaciones de ciudadanos españoles sobre empréstitos al gobierno de la recién independizada república mexicana, antes del decreto oficial de su expulsión. Esta labor fue reconocida por Guillermo Prieto, en carta fechada el 12 de marzo de 1857, adjunta al ejemplar de 1853 de *Viajes de orden suprema*, que conserva la Colección Lafragua del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. En 1873, Ignacio Manuel Altamirano publicó *Hombres ilustres mexicanos*, obra editada por Eduardo L. Gallo en la imprenta de Ignacio Cumplido, y que incluye ensayos biobibliográficos sobre José María Lafragua, Manuel Acuña, Alfredo Chavero, Manuel Payno, Ignacio Ramírez, Justo y Santiago Sierra, Pantaleón Tovar y José María Vigil, entre otros. Para abonar aún más a la importancia del jurista poblano en la historia y la bibliografía de su siglo, Lafragua fue llamado a participar en el segundo tomo del *Diccionario universal de historia y geografía*, en 1853, colaborando —junto con Manuel Orozco y Berra— en la entrada sobre la Ciudad de México. Por todo, un sesquicentenario se continuó con la creencia de que el autor de “Netzula” había sido el político liberal, debido a que

el manuscrito original del relato era suscrito por las siglas J. M. L. y debido a que el verdadero autor —José María Lacunza (1809-1869)— fue soslayado por la historia como uno de los firmantes del Tratados de Guadalupe-Hidalgo (1848) y secretario de Estado en el gabinete de Maximiliano de Habsburgo (1864-1867). Para su honra literaria, es preciso señalar que Lacunza fue uno de los cuatro fundadores, junto con su hermano Juan Nepomuceno, Manuel Toussaint y Guillermo Prieto, de la Academia de Letrán, en 1836. En este tenor lo rememora el gran romancero nacional en *Memorias de mis tiempos*. José María Lacunza murió exiliado en La Habana, en 1869; algunos creen por voluntad propia, otros, que por mandato del presidente Juárez.¹ Por su parte, Adriana Sandoval escribe sobre el relato de Lacunza, por cuanto hace al desentrañamiento del misterio de su autoría:

“Netzula”, posiblemente por las características enunciadas arriba, es mucho más conocido que el segundo [“La batalla de Otumba”, de Eulalio Ortega]. Firmado con las iniciales J.M.L., inicialmente se pensó que era de la autoría de José María Lafragua, con quien Lacunza (1809-1869) comparte iniciales, pero Celia Miranda, en su antología *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, lo adjudica, acertadamente, al segundo. Si bien apareció, como ya se dijo, en 1837, el texto es previo: está fechado en diciembre de 1832, once años después de la consumación de la independencia.²

Lacunza contaba con 23 años de edad al 27 de diciembre de 1832, fecha que consigna la conclusión de la novela breve en comento. Resulta ineludible pensar en la influencia de la *Atala*, de Chateaubriand, atendiendo a la recreación absolutamente imaginaria de los personajes y ambientes americanos en ambos relatos. La Biblioteca Nacional de México preserva dos ediciones de la novela francesa, una que data de 1822 y otra, de 1826. Por

¹ Véase Ángel Muñoz Fernández, *Fichero bio-bibliográfico de la literatura mexicana* (México: Factoría Ediciones, 1995).

² Adriana Sandoval, “Dos cuentos del siglo XIX sobre indígenas”, *Literatura Mexicana*, vol. 23, núm. 1 (2012): 45.

cuanto hace al contenido de la noveleta “Netzula”, su argumento es el siguiente: la joven protagonista y su hermano, el guerrero Utali, son hijos de Ixtlou y Octai, matrimonio de ancianos principales en la alta jerarquía mexicana. Oxfeler, por su parte, es hijo de Ogaule, también antiguo guerrero tenochca. Ixtlou y este último habían sido compañeros de lides bélicas en la juventud y compartían, asimismo, su aislamiento social en la senectud. Ambos —de común acuerdo y en honor a su amistad— conciertan el matrimonio de sus hijos, en medio de la debacle de la pérdida del Anáhuac ante los llamados “hijos del mar”. Todos los personajes, con excepción de Utali y Oxfeler, desenvuelven sus actuaciones lejos del sitio de la guerra. El segundo, prometido de Netzula, se guarece por episodios en los montes circundantes al Valle de México. Allí conoce a la bella joven, sin saber ninguno de los dos que se encuentran ante los detentores de sus esponsales. Ella se enamora de él, pero preservándose fiel a su promesa de obedecer a los designios de sus padres, no se entrega a su pasión amorosa. Oxfeler, por su parte —amante y prometido ignoto—, ofrece a Netzula y a su languideciente madre su protección, en medio de una tormenta. La figura de la anagnórisis se presenta hacia el final. Oxfeler —amante reconocido en el campo de batalla en el que perece— muere en brazos de Netzula, quien sucumbe ante las indolentes armas españolas. Todos los conceptos y recursos del relato obedecen a una retórica de lo europeo o de lo anacrónico, lo que queda manifiesto en frases como: “Los hijos de América doblaban el cuello”. La atmósfera nocturna que impera es de corte absolutamente romántico europeo. Oxfeler es denominado “general del ejército de la América”, cuando no existían en la realidad histórica ni tal ejército ni mucho menos la noción de continente. Además de que la existencia de ese “lenguaje de la patria” que se menciona, no sería posible más adelante ni siquiera en el México independiente. Nos encontramos ante la obediencia preceptiva a un Romanticismo lacrimógeno que mira vagamente hacia el mundo prehispánico como un pasado idílico. De la Caída de Tenochtitlan se habla como de “la derrota de América”, en una hipérbole incomprensible. Todo ello se encuentra imbricado por recurrentes digresiones sobre la naturaleza humana y la religión, siguiendo la doctrina del Romanticismo francés de *El genio*

del cristianismo, de Chateaubriand. Ante la disyuntiva amorosa entre su prometido y el ignoto guerrero de la montaña, Netzula piensa consagrarse como “sacerdotisa del Sol”, lo que nos remite a una virgen vestal romana o a una monja profesante, entregada a la divinidad antes que a un varón. Esta forma de la fatalidad, junto con su palidez macilenta, hacen de Netzula la viva imagen de una heroína romántica, pretendidamente autóctona. La descripción hacia el final del relato de un “cielo negro y uniforme, como el velo de un sepulcro” remite a la representativa falacia peripatética del Romanticismo, en la noche en que Oxfeler rescata a Octai, la madre de Netzula. Amor y fatalidad se concretizan en el hecho de que Netzula —doncella virtuosa— no debe preguntar el nombre de Oxfeler en sus encuentros fortuitos con éste. De igual forma, lo místico de la noche y lo escarpado de la montaña funcionan como antítesis de la serenidad y conducen al personaje principal al “llanto y la meditación”. El tiempo en el que se encuentra engarzada la historia remite a la nostalgia de una era idílica, lo que también da idea de su filiación romántica y, en este sentido, también se alude —en todos los personajes jóvenes— a la muerte prematura como refugio final. La inmolación prematura de una joven leal a la patria y sumisa hacia sus ancestros conlleva la idea de un sacrificio estéril. El monólogo empleado como recurso se halla, en todo momento, centrado en el yo, en el egotismo decimonónico, en la constante disertación solitaria *in itinere*. En este sentido, queda representada la concepción romántica del viaje como introspección, autoconocimiento y epistemología. El sol abrasador de medio día, en el que Netzula presencia la última batalla y se encuentra a punto de morir, esa fiebre extenuante que coincide con la última energía, también se corresponde con la falacia peripatética del Romanticismo. El reconocimiento de su prometido en el guerrero Oxfeler que agoniza constituye el clímax fatal amoroso, en medio de la debacle histórica. El amor de Netzula y Oxfeler sólo podía realizarse y consagrarse en la muerte y la fatalidad de la Conquista.

La importancia de esta obra radica en el hecho de constituir el primer e ineludible esfuerzo de la Academia de Letrán por adaptar los preceptos

culturales y formales de la literatura europea a la realidad de una nación que, en su alumbramiento telúrico, se imaginaba en absoluta sintonía con la estética del Romanticismo. En este sentido, no había ninguna necesidad de personajes auténticamente nahuas. El indianismo ingenuo operaría una transmutación eficaz entre el Medievo y la era prehispánica. El conocimiento cabal de nuestros fundamentos históricos no era tan imperioso como nuestra inserción en Occidente.

Francisco Mercado

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca Nacional de México / Hemeroteca Nacional de México

